

## LA DECLARACIÓN

**John Doe**

*Años noventa. Segundo piso de un céntrico edificio en una importante ciudad norteamericana. Una pesada puerta de madera se abre y raya el suelo a la vez que produce un molesto ruido. Tambaleándose, entra un hombre enfundado en una gabardina negra. De un portazo cierra la entrada del pequeño y húmedo apartamento. El hombre se despoja del abrigo y, a trompicones, se desplaza por el salón hasta un mueble del que extrae una botella de güisqui. Acto seguido se sienta en una mesa polvorienta abarrotada de hojas de papel con anotaciones, documentos y facturas. Desenrosca el tapón de la botella y da un largo trago. Frente a él hay una grabadora. Al soltar la botella, que aferra ahora junto a su pecho, pulsa un botón y la grabadora se pone en marcha. El hombre comienza a hablar. Está ebrio, y eso se nota en su voz..*

– ¡Uno, dos, tres! ¡Probaaaaaando! Por fin he acudido a mi programa. Tras años de perseguirme y llamarme insistentemente he accedido a venir aunque, a estas horas, no creo que estén los niños en la cama y es posible que oigan cosas terribles. En estos casos hay que empezar por el principio, y mi principio bien podía haber sido el final de otro, aunque para mí fue el principio... ¿Qué? Sí estás en lo cierto, tío. Muchos dicen que me parezco a Bogart, pero yo creo que el verdadero parecido está en aquello en lo que se difiere, pues se parecen en que no se parecen. Eso lo aprendí en la televisión... si no está mal. Sí, sí, me ceñiré al guión. A los espectadores les gustaría conocer la infancia de tan insigne personaje... ¿VERDAD QUERIDO PÚBLICO?... Ya ves como aplauden... No quiero defraudarles. Lo que quieren oír es esto, seguramente: *(Poniendo*

*una voz aguda*) "De pequeño yo era rarito". A la gente le gusta las buenas historias, y a él contarlas, así que... ¿a qué esperamos?

» Fort Wayne, Indiana. Hace treinta y dos años. Muchos niños nacían en el mundo, pero en Fort Wayne esa noche sólo nació un niño. ¿Casualidad? La mujer que lo parió tenía 67 años. Eso no era normal, y tampoco que el embarazo durara un año, ni un día más ni un día menos. Mi nacimiento coincidió con la noche en que 15 menores desaparecieron, inexplicablemente, en el estado de Indiana, dejando todos el borde de sus siluetas hecho con sangre en las sábanas. Mi abuela fue fecundada por su hijo mayor, o sea mi tío Allan, y así vine yo al mundo. Nunca me ocultaron la verdad. Yo aparentaba ser hijo de Julia, " la pequeña de los Tinkcorl", y de un joven soldado muerto en Vietnam, pero en realidad la que para los demás era mi madre, en realidad era mi hermana mayor, y mi abuela era mi verdadera madre. De pequeño estaba asombrado por las cosas que hacía mi familia a escondidas de los demás. Yo era consciente de todo, y parte del juego. Vivir una doble vida obliga a la persona a desarrollar un sexto sentido que regule su conducta y le impida romper la tapadera. Se suele llamar a eso " estar con la mosca tras la oreja ". Mi familia me metió el miedo en el cuerpo para asegurarse de que tuviera el pico trancado. Recuerdo cómo se le marcaban las venas del cuello a mi abuela / madre cada vez que me decía que si nuestro secreto salía a la luz todos moriríamos, incluido yo.

– ¡Vaya! Están tocando al timbre, un momento... (*No se oye ningún timbre. El hombre se levanta y abre la puerta. Pone cara de sorprendido y habla, pero ante él no hay nadie.*) ¡MADRE! ¿Qué haces aquí? Estás muy cambiada. (*El hombre comienza a gimotear y pronto rompe a llorar. Tiene dificultades para hablar.*) ¡Joder, tienes muy

mal aspecto! ¿Qué hacen esos gusanos comiéndote la cara? ¿CÓMO QUE NO QUIERES QUITÁRTELOS? Lo siento, no quería alzarle la voz. *(Ya no llora.)* Sí, estoy ocupado... ¡cosas mías! *( Vuelve a llora.)* ¡Yo no he dicho nada a nadie! ¡Te juro que romperé la cinta en cuanto termine! *(De repente, pega un fortísimo portazo y, sonriente, vuelve a la mesa, bebe más güisqui y continúa hablando.)*

» Mi abuela/ madre decía que yo fui un regalo del "Oscuro", y que nací con un don: la suerte. Durante mi vida he comprobado infinidad de veces que he sido tocado por alguien o algo sobrenatural. Una vez un tipo intentó atracarme con una pistola. Me resistí y le planté cara. El tipo apretó el gatillo de su arma, y ésta le explotó en la mano. El delincuente miraba su brazo amputado y luego me a mí y luego de nuevo su brazo, y luego a mí, mientras ponía una cara como la de una persona que ha empezado a oír un chiste a la mitad y luego no se ríe como todos porque le falta el principio. La suerte ha sido lo mejor que me ha dado mi familia.

– ¡Y ahora una pausa publicitaria! *(El hombre se acerca hasta el mueble de donde extrajo la botella y coge un vaso y una botella de vodka. Vuelve a la mesa. Abre la botella y vierte líquido hasta la mitad del vaso. Luego termina de llenarlo con güisqui.)* ¡Ya estamos de vuelta! ¿Qué le pareció su asesinato, presidente Kennedy? Pues ya que me lo pregunta... le daría matrícula de honor al bueno de Oswald.

» Entre las cosas que no podía revelar de mi familia estaba el secreto del abuelo Tinkcorl. A aquel viejo le apasionaba disecar animales, como a mucha gente. La particularidad que hacía terrible, a los ojos de los demás, la actividad de mi abuelo era que sus animales favoritos tenían quince años, eran hermosos y llevaban faldas. El viejo

Tinkcorl, con ayuda de mi tío / padre Allan, desenterraba los cuerpos de adolescentes fallecidas y luego los disecaba y guardaba en el sótano de la casa. Cuando le apetecía, bajaba y hablaba con los grotescos cuerpos inertes. Se reía con los cadáveres de aquellas chicas, las cortejaba, y luego los penetraba hasta que no le quedaba más por eyacular. Varias veces me llevó allí y me dijo: "Este es el mayor placer que, en vida, puede conocer el ser humano. ¡Aprovéchalo, hijo mío!". Me invitaba a que le emulara, pero nunca lo hice. A lo máximo que llegué fue a hablar con los fiambres. Yo prefería a las chicas rebosantes de vida, que pudiesen moverse, sonreír, pestañear, tocarme... y no aquellas grandes muñecas que guardaba el abuelo en el sótano.

*Busca en un bolsillo y saca una arrugada cajetilla de cigarrillos y un mechero con la palabra "Marlboro" en uno de los lados. Enciende el pitillo y da una calada. Refresca su seca garganta con la mezcla del vaso, y con la vista perdida y el cigarrillo humeante en la mano, continúa la charla.*

» Además de esa afición del abuelo, la familia al completo ( el abuelo, mi abuela / madre, mi tío / padre, mi madre / hermana y yo, como mero acompañante) realizaba los, denominados por mi abuela / madre: "Actos de fe". Esos actos se celebraban la madrugada del primer día de todos los meses. Sobre la medianoche nos congregábamos en una iglesia católica abandonada y medio derruida a las afueras de Fort Wayne. Atravesábamos el gran portón y profanábamos el silencio reinante. Justo en el cruce del edificio, mis familiares se colocaban de rodillas formando un corro. Yo permanecía apartado mirando, y mi abuela / madre decía que era "parte de la tradición familiar", y que cuando fuera mayor de edad podría participar en el rito. Recuerdo vivamente los pasos que seguían en aquella ceremonia: una vez estaban los cuatro en posición, mi

abuela / madre sacaba un cirio negro de la cesta en la que llevaba los elementos que necesitaba para el ritual. Prendía el cirio. Dejaba caer algo de esperma y luego colocaba la vela encima para conseguir mantenerla vertical. Después se cogían de las manos y con los ojos cerrados entonaban un canto en un ininteligible dialecto. Al terminar, y en orden del más viejo al más joven, iban de uno en uno alzando los brazos al cielo y murmurando. La iglesia tenía una enorme abertura en el techo del crucero por la que entraba la luz de la luna. Luego iban posando las muñecas sobre la llama del cirio, aguantando durante varios segundos sin rechistar. Incluso puedo recordar el olor a carne quemada que impregnaba el ambiente. Luego sacrificaban un conejo, que a fuerza tenía que ser de color negro, y acababan bebiendo la sangre del animal. Por último se comían las entrañas del animal a la vez que entonaban una letanía, también en una lengua desconocida para mí. El "Acto de fe" concluía cuando todos humedecían sus dedos con la sangre que hubiese sobrado del animal, dibujaban un círculo en sus frentes y luego dejaban que cayeran algunas gotas del esperma del cirio. Hecho esto mi abuela / madre apagaba la vela negra y volvíamos a casa. Por el camino iban felices, haciendo comentarios sobre lo contento que el "Oscuro" iba a estar con ellos. Yo era el único que no hablaba en absoluto. No me sentía cómodo, y mucho menos feliz.

*El cigarrillo se ha consumido. El hombre deja caer la colilla al suelo y de un trago se bebe el contenido del vaso. Prosigue.*

» Aunque estaba familiarizado con todo lo que hacía mi familia, dentro de mí había algo que decía que aquello estaba mal, y a veces deseaba que alguien lo descubriera todo, aunque mi vida corriera peligro.

» Hubo una vez en la que una persona estuvo a punto de sacar a la luz todo lo que mi familia ocultaba. Un hombre que estaba enamorado de mi madre / hermana, no sé muy bien cómo, descubrió lo que mi abuelo alojaba en el sótano. Mi madre/ hermana logró persuadirle para que no difundiera su hallazgo, pero mi abuela / madre no creía que aquel hombre fuera a estar callado. Desde aquel día no lo vi más, hasta que llegó el primero de mes. Esa noche no hubo conejo para sacrificar. Mi abuela/ madre abrió un recipiente de plástico y sacó unas vísceras de gran tamaño. Relucían brillantes a la luz de la luna. Cuando llegaron a las manos de mi madre / hermana me miró y sonrió con maldad... entonces supe que estaba ante las entrañas del hombre que se había enamorado de ella.

– Discúlpame. He de atender el teléfono. *(No suena el teléfono, pero el hombre se levanta y descuelga el auricular.)* Sí, acepto el cobro revertido... ¿Cómo estás, Al? No, hace tiempo que no veo a Ness... ¡Anda y que te zurzan Capone!... Señorita, corte esta llamada obscena... *(Cuelga el auricular y se echa la mano a la frente. Parece que tiene un fuerte dolor de cabeza. Vuelve a la mesa y de nuevo llena el vaso con la mezcla de antes.)*

» Jamás me vi participando en los " Actos de fe ", ya que una semana antes de cumplir los dieciocho años, cogí algo de ropa, unos cuantos dólares y me largué de Fort Wayne. Residí en distintos sitios durante años: Hammond, Gary, Indianápolis, St.Louis, Springfield y, desde hace siete años, Chicago. Aquí he tratado de empezar una vida nueva, olvidando todo lo que ocurrió en Fort Wayne. Me gano la vida como detective privado, aunque no tengo el título la gente habla de mí, y al parecer soy bueno por lo que las ofertas no me faltan. *(Un largo trago al mejunje.)*

– Con todo lo que he vivido apenas tengo ganas de seguir adelante. Sé que todo lo que bebo es malo, pero... ( *El hombre apura el vaso y se sirve otro, pero esta vez sólo pone vodka.*) ¡A la mierda con todo! ( *Agarra el vaso y lo aprieta durante un rato con todas las fuerzas que le quedan. Tiene el rostro desencajado, el sudor corre cuesta abajo por su cara, mezclándose con lágrimas de rabia, dolor y miedo. Con un brusco movimiento arroja el vaso contra una de las descoloridas paredes del apartamento que le sirve de domicilio y oficina de trabajo. Los diminutos cristales pueblan el suelo. El hombre coge la botella de güisqui y empieza a beber de ella. Cae tanto líquido que enseguida se le inunda la boca y el resto resbala por su cuello. Bebe sin parar hasta que la botella queda vacía. La botella cae. El hombre también. Está boca arriba, con los brazos en cruz. Pasan cinco minutos. La grabadora sigue en marcha, pero queda poca cinta. El hombre habla; apenas se le entiende ya.*)

– Y aquí tremnina el pdogama de Tinkcorld el chiadlado! Benas noñes. ( *Durante un instante parece que la borrachera desaparece y articula unas palabras.*) No quiero huir más... No quiero... he de terminar esta carrera. ( *En ese momento la grabadora se para. La cinta ha llegado a su final. El hombre yace en el suelo. A lo lejos, ruidos de sirenas de la policía. En su cabeza gritos de terror. Desgraciadamente la huida a empezado una vez más.*)